

Elementos teológico-pastorales que no pueden estar ausentes en la V Conferencia*

Víctor Codina S. J.
Universidad Católica Boliviana
Centro de Espiritualidad Ignaciana
Cochabamba, Bolivia

1. Las lecciones de Santo Domingo

Antes de entrar en el tema central de este artículo, quisiera detenerme un poco en sacar algunas lecciones de la IV Conferencia de Santo Domingo de 1992, no sea que en la V Asamblea se reincida en los mismos defectos.

Los teólogos que, aunque “extra muros”, de alguna manera seguimos de cerca el proceso de la IV Asamblea de Santo Domingo, hicimos una especie de “pacto de caballeros”, que consistió en silenciar los aspectos negativos de Santo Domingo para no escandalizar a nuestro pueblo sencillo y destacar solamente sus aspectos positivos¹. Ahora, después de cerca de quince años y a las puertas ya de la V Asamblea de Aparecida, conviene recordar lo que vivimos en aquel entonces².

La IV Asamblea de Santo Domingo estuvo fuertemente dominada por el centralismo de la curia romana, sobre todo a través de la Comisión para América Latina, que orientó todo el proceso de la IV Asamblea: impuso una presidencia

* También ha sido publicado en *Testimonio*, Santiago de Chile, 216 (2006) 28-37.

1. Un modelo de esta postura puede ser el libro de Gregorio Iriarte y Marta Orsini, *¿Qué nuevas nos trae Santo Domingo?*, Cochabamba, 1993.
2. Ya al acabar Santo Domingo surgieron algunas publicaciones críticas, por ejemplo, *Santo Domingo, Ensaïos teológico-pastorais*, Petrópolis, 1993; N. Arntz, *Reten was zu reten ist? Die Bischofsversammlung in Santo Domingo zwischen prophetischen Freimut und ideologioschen Zwang*, Luzern, 1993; V. Codina, J. Sobrino, *Santo Domingo 92. Crónica testimonial y análisis contextual*, colección Aquí y ahora, N 22, Santander, 1993.

conservadora, no aceptó el aporte de las conferencias episcopales latinoamericanas, que recogían la opinión de las bases (*relatio prima*, *relatio secunda*, documento de trabajo), controló la comisión de redacción del documento final, etc.

Nuestra primera sorpresa fue constatar que los que íbamos a Santo Domingo como teólogos asesores de las diferentes conferencias episcopales latinoamericanas, no sólo no estábamos en la lista de participantes, sino que tampoco teníamos acceso al recinto de la asamblea, militarmente custodiado por soldados armados con escopetas. Únicamente los teólogos nombrados directamente por Roma, la gran mayoría de línea conservadora, y los de la curia romana, tenían acceso al recinto y al aula de la asamblea. Los demás teólogos, para contactar con nuestras respectivas conferencias episcopales, teníamos que esperar a que los obispos salieran del recinto, para ir a descansar a medio día o a la noche a sus hoteles (¡de cinco estrellas!).

Tampoco se permitió a los obispos intervenir, en nombre de sus respectivas conferencias episcopales: la presidencia les advirtió que cada obispo debía hablar solamente en nombre propio.

Ni se respetó el método tradicional de la Iglesia latinoamericana que había sido utilizado en Medellín y Puebla: partir de la realidad (ver), para luego iluminarla con la Palabra (juzgar) y sacar consecuencias para la praxis pastoral (actuar). Se introdujo un método nuevo, que consistía en comenzar por la iluminación doctrinal, para pasar luego a los desafíos y a las líneas pastorales.

Santo Domingo silenció el tema de la liberación, del que hablaba Medellín y que el mismo Pablo VI había asumido, en *Evangelii nuntiandi*. En lugar de "liberación" se escogió el término más neutral de "promoción humana". Seguramente, les pareció menos peligroso y menos proclive a desviaciones ideológicas que el de "liberación", pero no expresa la magnitud de la tragedia de los pueblos pobres del tercer mundo, que deben ser "liberados" de la muerte, como lo fue el pueblo de Israel, en el éxodo.

Se introdujo el tema de la cultura, ciertamente novedoso e importante, pensando, tal vez, con ingenuidad que la cultura haría olvidar las dimensiones más sociopolíticas de América Latina. Pero se habló de "cultura cristiana", término teológicamente no sólo ambiguo, sino incorrecto, pues la fe trasciende todas las culturas. No existe ni debe existir "la" cultura cristiana.

Se tuvo miedo a pedir perdón por los pecados y errores de la conquista y evangelización de América Latina hacía entonces 500 años. Hubo que esperar a que Juan Pablo II dijera en Roma que había ido a Santo Domingo a pedir perdón por los pecados de la conquista de 1492, para que la IV Asamblea se animase a repetir las palabras del Papa y tuviera una fría celebración de petición de perdón, que el cardenal de Santo Domingo no permitió fuese en su catedral, y a la cual ni siquiera asistieron los dos cardenales de la presidencia.

También se silenciaron los nombres de los obispos mártires de América Latina, como Romero y Angelelli, quizás por miedo a suscitar reacciones de los sectores más conservadores de la Iglesia (¿y de la sociedad?), para los cuales sus muertes fueron no martiriales, sino simplemente políticas. En todo caso, este silencio fue triste y doloroso para la gran mayoría del pueblo latinoamericano.

La vida religiosa de América Latina también sufrió las consecuencias del dirigismo de la curia romana. La Conferencia Latinoamericana de Religiosos, ya había sido intervenida antes de Santo Domingo: se impidió la elección libre de la presidencia, su presidente fue nombrado directamente por Roma y fue designado el obispo Héctor Julio López Hurtado como delegado pontificio. El grupo de trabajo sobre la vida religiosa envió una carta a la presidencia de la asamblea, quejándose de la pobreza del documento, que no reflejaba la riqueza de la vida religiosa latinoamericana. La carta fue firmada incluso por el mismo delegado pontificio para la Conferencia.

De Roma se trajeron esquemas doctrinales ya preparados, y la línea curial controló la comisión teológica de la asamblea. Esta produjo unos textos cristológicos y eclesiológicos que no reflejaban la teología de América Latina. Gracias sobre todo a las intervenciones del obispo Don Luciano Mendes de Almeida se consiguió que Santo Domingo asumiera las líneas de Medellín y Puebla sobre los pobres y la defensa de la vida, que aparecen en las conclusiones finales.

Finalmente, una asamblea convocada por el Papa, inaugurada por el Papa, presidida por los delegados del Papa, no pudo publicar su documento final, sin antes enviarlo a Roma, que censuró algunas expresiones (por ejemplo, la frase de que para América Latina, la tierra era “el rostro materno de Dios”).

¿Qué hay detrás de esta actitud de la curia romana? Lo que se esconde es una gran desconfianza y sospecha, por parte de Roma, respecto al caminar de la Iglesia latinoamericana, sus opciones, su método, su teología, sus mártires, sus comunidades de base, incluso sus mismas conferencias episcopales. El cardenal Lorscheider se quejó de ello y pidió que Santo Domingo fuera una asamblea latinoamericana y que no se convirtiera en un sínodo romano. En el fondo, se reflejó una fuerte tensión entre Roma y la Iglesia local. No es casual que en el mismo año 1992, antes de Santo Domingo, se publicase la carta *Communio in notio*, de la Congregación de la Fe, en la cual se criticaba cierta tendencia a que las iglesias locales fueran autosuficientes, debilitando así la unidad de la Iglesia universal³. Nunca la Iglesia latinoamericana se ha considerado autosuficiente, ni ha puesto en duda su comunión con la Iglesia universal, que preside el obispo de Roma.

3. Para mayor información sobre este tema véase el interesante artículo de J. Martínez Gordo, “Eclesiología y gobernación. El debate de J. Ratzinger y W. Kasper sobre la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia local”, *Revista Latinoamericana de Teología* 66 (2005) 229-250.

Esto no significa que en Santo Domingo todo fuera negativo. Todavía sopló la brisa suave de Medellín, si no en muchos de sus textos, sí en el acontecimiento global. Los teólogos ya hicimos constar en aquel entonces los aspectos positivos: culturas modernas y originarias, derechos humanos, la tierra y la ecología, el protagonismo de los laicos, etc. Pero sería triste que en la V Asamblea de Aparecida se reprodujeran los aspectos negativos de Santo Domingo.

El "Documento de participación" para la V Asamblea ya ha suscitado numerosos interrogantes⁴. No parte de la realidad social y política de América Latina. El primer capítulo, parte del "anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz", que, ciertamente, es real, pero tan genérico, esencialista y metafísico, que vale para la humanidad de todas las épocas (de Agustín a Kierkegaard) y de todas las geografías (de Europa a Nueva Guinea). No es un punto de partida válido para caracterizar la situación real del pueblo latinoamericano de hoy. Hay que esperar al capítulo IV ("Al inicio del Tercer milenio") para tener datos sobre la situación real del pueblo latinoamericano. Mientras tanto, ya se ha definido la situación de la Iglesia de América Latina (capítulo II) y en qué consiste ser discípulos y misioneros (Capítulo III), como si la Iglesia tuviera sentido al margen del mundo real. Esto conduce a un eclesiocentrismo, a una visión de Iglesia centrada en sí misma, en sus intereses y problemas internos, sin tener como horizonte el reino de Dios, que era el horizonte de la predicación y acción de Jesús de Nazaret.

¿Volveremos a vivir en Aparecida la tensión y la desconfianza entre el centro romano y el caminar de la Iglesia latinoamericana?

2. Reafirmación del caminar de la Iglesia de América Latina

La V Asamblea de Aparecida no parte de cero. Hay un largo caminar de la Iglesia latinoamericana y caribeña que, desde Medellín y Puebla⁵, ha apostado por unas opciones que deberán mantenerse, en Aparecida.

1. La metodología de partir de la realidad del pueblo, de su situación social, económica, política, cultural y religiosa, como punto de arranque de toda la reflexión teológica y del aterrizaje pastoral. Si no se escucha el clamor del pueblo que sufre, si no hay un estremecimiento de las entrañas al percibir su sufrimiento, no se puede hacer una reflexión teológica realmente evangélica y se tiene el peligro de enunciar grandes verdades teóricas, pero que no ayudan a que el pueblo realmente pase de la muerte a la vida y pueda vivir una vida digna.

-
4. Véase el comentario de Agenor Brighenti, "El Documento de participación de la V Conferencia. Presentación y comentario analítico", en *Revista Latinoamericana de Teología* 68 (2006) 95-118.
 5. La I Conferencia de Río, 1955, estaba marcada todavía por el contexto de cristiandad, que imperaba en la Iglesia de Pío XII. Santo Domingo, como hemos visto, reflejaba la

2. La opción por los pobres, hoy excluidos y víctimas del modelo neoliberal de mercado, que ha agravado la situación del continente: falta de trabajo, aumento de la emigración al exterior en situaciones muchas veces trágicas, situación desesperante de la juventud, que no tiene horizontes de futuro, crecimiento de la violencia y la criminalidad, muchas veces como fruto de la desesperación, marginación de campesinos, indígenas y afroamericanos, aumento de los niños de la calle, refugio en el narcotráfico como remedio para sobrevivir, trabajo inhumano y esclavizante, en las maquilas, persistencia de la mortalidad infantil, incluso en países de grandes riquezas, desamparo de la ancianidad, falta de medios para atender la salud, sobrecarga de trabajo de las mujeres...

3. El tema del respeto a las culturas indígenas y afroamericanas y de una evangelización no sólo inculturada, sino intercultural, que fue el aspecto más positivo de Santo Domingo, debe mantenerse y potenciarse, hoy más que nunca, cuando en Roma resulta sospechosa la Iglesia autóctona, que el Vaticano II había promovido⁶.

4. El protagonismo de los laicos, afirmado por Santo Domingo, debe mantenerse y potenciarse, lo mismo que las comunidades eclesiales de base, un nuevo modo de ser Iglesia, tan debilitadas en Santo Domingo.

5. La línea teológica y pastoral de la Iglesia latinoamericana de seguimiento del Jesús de Nazaret, pobre, evangelizador de los pobres y anunciador del reino de Dios, tiene que mantenerse claramente para, así, ir edificando en América Latina, una Iglesia de los pobres, evangélica, acogedora y pascual, profética, liberadora, semilla del reino, en la sociedad, que quiere transformar las estructuras de injusticia y de pecado, presentes en el continente, en estructuras de comunión y solidaridad. El pueblo pobre y excluido (lo que en el Nuevo Testamento se llama el *óchlos*) debe ser el punto de partida para la constitución del pueblo de Dios (el *laós* bíblico). Hay que evitar una fe desencarnada de la vida, intimista y alejada del compromiso por la justicia.

6. En este sentido, hay que reafirmar la defensa de la vida de las personas, los derechos humanos y el respeto a la tierra y a la creación. Hay que unir el grito de los pobres al grito de la tierra, que constituyen un solo grito, que brota del planeta, pidiendo respeto a toda la creación, al cosmos, a la naturaleza y una justa distribución de sus bienes, sobre todo a favor de los más pobres.

Estas serían algunas de las opciones típicas del caminar de la Iglesia latinoamericana de estos años, que habría que resguardar y mantener a toda costa, evitando toda marcha atrás.

situación de invierno eclesial, que sucedió después de la corta primavera eclesial del Vaticano II.

6. La carta del cardenal Arinze al obispo de Chiapas, don Felipe Arizmendi, prohibiendo ordenar a nuevos diáconos indígenas, es una síntoma claro de este clima adverso a la Iglesia autóctona.

No puede ser que la preocupación por lo doctrinal, los problemas de las sectas, la pérdida de credibilidad y prestigio de la Iglesia, los desafíos de la secularización, etc., prevalezcan sobre los problemas reales del pueblo, que busca, ante todo, sobrevivir.

Pero la condición previa necesaria para poder reafirmar el caminar de la Iglesia latinoamericana es recuperar la teología de la Iglesia local, que el Vaticano II redescubrió y que según K. Rahner, constituye el mayor aporte eclesiológico del Concilio. Hay que pasar del centralismo de la Iglesia de cristiandad del segundo milenio, al reconocimiento de la legítima autonomía y libertad de las iglesias locales (desde parroquias y diócesis, hasta naciones y continentes), formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y de las cuales existe la única Iglesia católica universal (LG 23), siempre en comunión con el primado de Pedro. Esta ha sido la tradición de la Iglesia, sobre todo en el primer milenio (sínodos y concilios locales, regionales, nacionales, etc.), que no se puede perder. Hay que liberar de toda sospecha el caminar de la Iglesia de América Latina.

3. Nuevos desafíos y perspectivas

En estos quince años, ha habido cambios profundos en la sociedad y en la cultura, que han afectado profundamente a la fe cristiana y a la Iglesia, y que necesitan ser encarados, en Aparecida. Enumeremos algunos de estos nuevos desafíos.

1. *La experiencia religiosa.* No podemos seguir repitiendo mecánicamente que América Latina es el continente de la esperanza para la Iglesia universal, por ser el que tiene el mayor número de católicos. Las cosas están cambiando aceleradamente. El crecimiento de los nuevos movimientos religiosos o sectas, la falta de participación de un gran número de católicos, en la vida eclesial, el divorcio entre la fe y la vida de muchos profesionales y dirigentes, la crisis de fe de muchos intelectuales, políticos, jóvenes y mujeres, el resurgimiento de las religiones indígenas, que cuestionan la pertenencia de los indígenas a la Iglesia, el agnosticismo creciente, el anticlericalismo de algunos sectores, el impacto de la secularización, que penetra a través de los medios de comunicación... Todo esto va configurando una nueva mentalidad y una nueva sensibilidad.

Frente a ello no basta con exponer la doctrina y la catequesis, por necesarias que sean⁷. Tampoco se puede caer en el moralismo. Hay que iniciar a las personas en una verdadera experiencia espiritual, personal y comunitaria, una verdadera *mistagogía*. Sin esta experiencia religiosa (encuentro personal con el

7. Los contenidos y metodología de la misión, que en el "Documento de participación" a la V Asamblea se presentan en el Anexo 2, parecen calcados de las grandes campañas misioneras de grupos evangélicos y de los nuevos movimientos religiosos. ¿Es ésta la única propuesta que podemos ofrecer?

Señor, a través de la Palabra, el silencio, la oración, la celebración) no se puede mantener, a la larga, la fe del pueblo. El texto de K. Rahner que el "Documento de participación" cita, "el cristiano del siglo XXI o será místico o no será cristiano", debe ser tomado en serio. Vale no sólo para sociedades secularizadas del primer mundo, sino también para América Latina. La religiosidad popular, por rica y fuerte que sea, a la larga no podrá resistir los embates del mundo secularizado, si no hay una verdadera experiencia religiosa del misterio cristiano, del Señor muerto y resucitado. Los jóvenes, las mujeres, los intelectuales, necesitan arraigarse profundamente, en una experiencia mística del Señor para poder ser cristianos en el mundo de hoy.

2. *El diálogo no sólo ecuménico, sino inter-religioso.* En América Latina, este diálogo no se refiere tanto a las grandes religiones de la humanidad, sino sobre todo a la religión de los pueblos originarios. En este sentido, hay que seguir adelante en la elaboración de una teología india y afroamericana, con todas las consecuencias pastorales, litúrgicas, espirituales que esto comporta, en la línea del decreto *Ad gentes*, sobre las misiones, del Vaticano II, y de ulteriores documentos del magisterio y discursos de Juan Pablo II, a favor de una Iglesia autóctona⁸. No es posible dar marcha atrás por miedo.

3. *La mujer.* El clamor de las mujeres, los movimientos feministas, la teología feminista, con amplia bibliografía, en todo el continente, no pueden dejar de ser escuchados por la V Asamblea. Su voz, las quejas por su marginación, en la sociedad y en la Iglesia, sus propuestas positivas, sus exigencias de ser respetadas en su identidad, deben ser atendidas urgentemente, en la V Asamblea, para conseguir que la mujer sea un sujeto activo, respetado y libre, en la sociedad y en la Iglesia. En este sentido, habrá que insistir mucho en la participación de las mujeres en la preparación de la V Conferencia y habrá que tomar muy en serio sus aportes. Lo que afirma el "Documento de participación" en torno a la mujer (n. 101) no sólo es decepcionante, sino indicio de una mentalidad llena de prejuicios y muy poco sensible a lo que ya Juan XXIII proclamó como un signo de los tiempos. Ninguna mujer hubiera suscrito estas afirmaciones.

4. *El cuerpo y la sexualidad.* Aunque las decisiones sobre muchos de estos temas competen a la Iglesia universal, la V Asamblea puede hacer llegar a Roma la gravedad de una situación, que exige profundos cambios, si no queremos que el divorcio entre el magisterio oficial y la praxis de una gran mayoría de cristianos siga creciendo. Es necesaria una nueva reflexión antropológica y teológica sobre el cuerpo y la sexualidad, ya que la teología moral sobre estos temas (control de natalidad, relaciones prematrimoniales, divorcio, matrimonios por lo civil, homo-

8. Citemos algunos de ellos: *Ad gentes* 6; 8; 20; 22; *Gaudium et Spes* 58; *Evangelii nuntiandi* 19-20; Puebla 145; Santo Domingo 248; *Ecclesia in Asia* 20; discursos de Juan Pablo II a los aborígenes de Australia (1988), a las minorías étnicas en Bolivia (1988), al Pontificio Consejo de la cultura (1990).

sexualidad, problemas en torno al sida, valoración moral de la sexualidad) está muy condicionada por una filosofía, una ciencia biológica y una antropología cultural sobrepasadas, que no responden al mundo de hoy, ni tampoco reflejan el núcleo central del mensaje evangélico⁹.

5. *Ministerios*. Tampoco el tomar decisiones sobre este tema cae bajo la competencia de una Iglesia local como la latinoamericana, pero es bueno que la voz de América Latina llegue a las instancias supremas de la Iglesia. No podemos seguir con la actual falta de sacerdotes, ni con tantas comunidades sin eucaristía, que acaban debilitándose, en su vida cristiana y se exponen a caer en manos de los nuevos movimientos religiosos (sectas). No podemos contentarnos con pedir que los sacerdotes multipliquen sus servicios pastorales, ni ofrecerles a las comunidades que practiquen la comunión espiritual. El derecho de una comunidad a poder celebrar la eucaristía debe pasar por delante de las leyes meramente eclesiásticas. Puesto que, por el momento, no se piensa revisar ni el tema del celibato sacerdotal, ni el ministerio ordenado de la mujer, que al menos se abra el camino para la ordenación de los *virii probati*, hombres casados y maduros, que puedan presidir las comunidades. Este deseo hace años que se va expresando, en diversos sínodos romanos, pero continúa siendo considerado inaceptable.

6. *Pneumatología*. Se requiere profundizar teológica y pastoralmente en la pneumatología o teología del Espíritu, tan deficiente en la vivencia eclesial de muchos cristianos. Una insistencia unilateral, únicamente en las dimensiones más encarnatorias de la Iglesia (institución, sacramentos, doctrina, moral, leyes canónicas, acción), sin el contrapeso de la fuerza vitalizadora del Espíritu, puede conducir a una asfixia y colapso de la comunidad cristiana. Es preciso que se acentúe la presencia del Espíritu, que es quien da dones y carismas (entre otros, el de la vida religiosa), lanza a la misión evangelizadora entre los pobres, posibilita la santidad y el martirio, fundamenta la experiencia espiritual del encuentro con el Señor resucitado, hace que la Iglesia se abra a las culturas, a las mujeres, al diálogo inter-religioso, a nuevos ministerios, reformule la teología del cuerpo y de la sexualidad, y todo ello en fidelidad al evangelio de Jesús.

4. Conclusión

El lema de la V Conferencia de Aparecida dice: "para que nuestros pueblos en Él tengan vida". Ese debería ser el punto de partida y la finalidad última de la V Asamblea.

9. Véase, por ejemplo, el número monográfico sobre "Sexualidad e Iglesia católica" de la revista *Éxodo* 82 (febrero 2006), en especial los artículos de Marciano Vidal y Benjamín Forcano. Un ejemplo de cómo hay que ir enfocando estos temas, desde otra perspectiva, pueden ser las declaraciones del cardenal Martini, sobre problemas de bioética y sexualidad, en conversación con Ignacio Marino, publicadas en *L'Espresso*, abril de 2006.

Habría que comenzar preguntando qué amenaza la vida del pueblo y qué síntomas de vida nueva se descubren en él. En función de esto, están el discipulado y la misión.

No se puede hablar de vida eterna sin partir de la vida real concreta del pueblo. Jesús, antes de hablar del pan que da vida eterna, multiplicó los panes para que la muchedumbre no muriera de hambre (Jn 6). La gloria de Dios comienza con el respeto a la vida humana (Ireneo), sobre todo de los pobres (Mons. Romero). El Dios de la vida se manifiesta, en primer lugar, liberando de las situaciones de muerte.

Por otra parte, la Iglesia de América Latina y El Caribe no puede dejar de escuchar las miles de voces venidas de todo el mundo, que en el Foro Social Mundial de Porto Alegre se alzan clamando que "otro mundo es posible". Tampoco puede desconocer todos los movimientos sociales y populares que, en estos años, han surgido en América Latina y que configuran otros escenarios políticos. Son signos de vida, signos de los tiempos, que hay que discernir, para descubrir en ellos la presencia del Espíritu de vida.

La Iglesia latinoamericana, en la V Asamblea, tiene que demostrar que está empeñada en la construcción de este otro mundo posible, en el cual haya vida en abundancia para los pueblos. Y que para ello, quiere trabajar también para que otra forma de Iglesia y otra vida religiosa sean posibles, en América Latina.

El Espíritu del resucitado nos invita a no tener miedo a acoger la vida, a defenderla y a llevarla a plenitud, en Cristo.